

„Una de las muchas veces que he visitado el monasterio pregunté á uno los Padres allí residentes muchos años hace, si alguna vez entraban aves en la iglesia, y me respondió que no, que jamás se introducían ni podían hacerlo en el mes de Octubre, cuando puertas y ventanas están cerradas á lo menos con cristales, y añadió: “No dude Ud. que el ave que vió „fué sobrenatural.” Como un célebre Obispo de España en 1871 me hubiese oído referir á sus instancias este prodigio, me dijo lo mismo que el Religioso de Fontfroide.

„Concluido el responso que se canta después de la Misa de entierro y antes que se pusiese el cadáver en la caja, me quise asegurar de si conservaba la flexibilidad, repitiendo una operación que hice aquellos días, á saber: dobléle el brazo y los dedos de las manos y el pabellón de una oreja, en lo cual no hallé resistencia alguna, como si fuesen los miembros de un hombre vivo. Lo mismo escribía nuestro Rmo. P. General en 26 del mismo mes y año: “Su cuerpo es flexible como el „nuestro.”

Después de haber estado expuesto su cadáver por espacio de tres días, se le dió sepultura en el cementerio de los monjes, por no haber permitido la autoridad civil que se le enterrase en lo interior del templo.

El sencillo sepulcro en que reposan los venerandos restos de nuestro amado Padre se halla debajo de una capillita como de metro y medio á dos metros de altura, situada en el extremo del cementerio. Están los restos encerrados en dos cajas, una de cinc con soldadura de plomo, y otra de nogal (1); la tumba está abierta en la peña y tapada con una enorme losa. Encima de ella y fija en la pared se halla la lápida de mármol con la inscripción siguiente, que, á pesar de su sencillez, no podía ser más adecuada:

(1) El P. Antonio, que era el que intervino en el asunto de las cajas, aseguró al Rdo. P. Clotet que los restos del Siervo de Dios fueron encerrados en tres cajas: una de cinc con soldaduras de plomo, otra de nogal y otra de pino; pero otro religioso del monasterio, testigo también ocular, le dijo después que sólo fueron dos, á lo cual se inclina el P. Clotet en una carta que me escribió sobre esta cuestión.

HIC JACET ILLMUS. ET RMUS. D. ANTONIUS MARIA
CLARET ET CLARA, ARCHIEPISCOPUS TRAJANOPOLITANUS,
IN PART. INFIDEL.,
EX HISPANIA ORIUNDUS.
OBIIT IN MONASTERIO SANCTAE MARIAE DE FONTE-FRIGIDO
DIOECESIS CARCASSONENSIS IN GALLIA, DIE 24 OCTOBRI
ANNI 1870.
A NAT. DOM. AETATIS SUAE 62.
DILEXI JUSTITIAM ET ODIVI INIQUITATEM, PROPTEREA
MORIOR IN EXILIO.
BREV. ROMAN., DIE 25 MAJI. LECT. VI. S. GREG. P.P. VII.

Lo cual, en romance, quiere decir: *Aquí descansa el ilustrísimo y Rmo. D. Antonio María Claret y Clará, Arzobispo de Trajanópolis, en países de infieles, natural de España. Murió en el monasterio de Fontfroide, obispado de Carcasona, en Francia, el día 24 de Octubre de 1870, á la edad de sesenta y dos años. “Amé la justicia y aborrecí la iniquidad; por esto muero en el destierro.”* (Pal. de S. Greg. VII.)

La humedad y las variaciones atmosféricas no habían borrado aún en 1887 las palabras que el Excmo. Sr. D. Pedro Sánchez Carrascosa, Obispo dimisionario de Ávila, escribió con lápiz en la pared el 29 de Abril de 1881. Dicen así: *In hoc monasterio dimidium animae meae reliqui et pignus amoris abstuli in corde meo. Sancte Frater, ora pro Fratribus! Consilia tua et exempla mecum sunt semper. Ego custodiam vias tuas... Fulgebunt justí, etc.* = EPISC. ABULENSIS. Que en nuestra lengua significa: “En este monasterio dejé la mitad de mi alma y llevé en mi corazón una prenda de amor. ¡Hermano santo, ruega por tus Hermanos! Conmigo están tus consejos y ejemplos. Guardaré tus mandamientos... Los justos resplandecerán..., etc. = *El Obispo de Ávila.*”

Otra inscripción decía: *Ora pro me et salva me.* — JOSEPH GUISSÉMOT. “Ruega por mí y sálvame. — *José Guissemot.*”

Otra: *Tua domus dulcis est.* “Dulce es tu morada.” *Regressi in nostram meminimus justí.* = M. L. “Vueltos á nuestra casa, nos acordaremos del justo.”

Estas inscripciones, escritas con lápiz, se borraron cuando se revocó el nicho. Actualmente adornan el sepulcro una cruz que está sobre la pared, cuatro cipreses, dos á cada lado,

y dos cuadritos de flores naturales, uno en cada extremo.

Son muchas las personas, mayormente eclesiásticas, que tienen el placer de retirarse á aquella soledad para hacer algunos días de ejercicios y poder orar al pie del sepulcro de nuestro amadísimo Padre, por cuya intercesión algunos de ellos aseguran haber obtenido favores muy señalados. Entre las personas ilustres que lo han visitado merecen nombrarse el Excmo. Sr. D. Pedro Sánchez Carrascosa, ya citado, quien oró allí con gran fervor y con los brazos en cruz, arrancando lágrimas de ternura á los circunstantes; el Ilmo. Sr. Obispo de Carasona; el muy ilustre Vicario general de Perpignán; el Ilmo. Mons. Tobías de Bordas, Prelado doméstico de Su Santidad; el Excmo. Sr. Marqués del Arco y Conde de Isla, quien fué allí acompañado de nuestro P. Clotet, y el excelentísimo Sr. Conde de Morphy, Secretario de Doña Isabel II, quien lo visitó como representante de la augusta señora.

Dos hechos muy notables han ocurrido después en aquel monasterio. El primero fué que en 1875, con ocasión de las grandes inundaciones que desolaron al mediodía de Francia, se observó que, habiendo las aguas arrastrado lo restante del cementerio de los monjes, todo el lado en que está el sepulcro del Siervo de Dios quedó intacto, siendo así que las aguas daban allí con mayor fuerza. El segundo consistió en la extraña excepción que en favor de aquella Comunidad, compuesta entonces de 40 individuos, hizo el Presidente de la República francesa cuando en 1886 se expulsaron de Francia todas las Comunidades religiosas. Muchos no han podido menos de admirar en estos dos hechos la singular protección del P. Claret, quien parece quiso de este modo recompensar la generosa hospitalidad que aquellos buenos Religiosos le dispensaron en los últimos días de su vida.

Cuando la muerte del Siervo de Dios se supo en España causó general sentimiento en todos los buenos, y en muchas iglesias se le hicieron espontáneamente funerales, aunque sin pompa, para no enconar más los ánimos de sus enemigos, que ni aun después de muerto le perdonaban. El Ilmo. Sr. D. Antonio Jordá, Obispo de Vich, apenas tuvo noticia del fallecimiento del santo Prelado, se ofreció generosamente á nuestros Misioneros para colocar los restos mortales en su iglesia Catedral con el decoro debido á tan esclarecido Arzobispo; pero

las circunstancias para su traslación no fueron favorables. Á los funerales que se le hicieron en la iglesia de Santo Domingo de Vich asistió numerosa y escogida concurrencia. Todavía revistieron mayor solemnidad los que á expensas del señor Marqués del Arco se le hicieron en Isla, provincia de Santander. La oración fúnebre estuvo á cargo del Rdo. P. José Casanovas, de nuestra Congregación, quien con el tema *zelus domus tuae comedit me*: “el celo de tu casa me devoró,„ probó con gran elocuencia que el Sr. Arzobispo Claret estuvo poseído de celo extraordinario por la gloria de Dios y la salvación de las almas, y que su celo fué ordenado, puro, desinteresado, dulce, universal y perseverante hasta la muerte.

Pero las exequias más solemnes de que tenemos noticia las hicieron los seminaristas de Gerona en la iglesia del mismo Seminario. Entre los escogidos adornos del altar había dos pirámides, una á cada lado, con las insignias de Misionero en la una y de Obispo en la otra: dos figuras en el pedestal de cada una simbolizaban las cuatro virtudes cardinales. La cornisa del altar consistía en una elegante armazón con un rótulo en medio dedicado al ilustre difunto, que decía: *Hispaniarum apostolo Ilmo. Excmo. ac Rmo. Archiepiscopo Trajanopolitano, D. Antonio Mariae Claret, Seminarium Gerundense*. Tenía tres figuras, una á cada parte y otra en su remate, que representaban las tres virtudes teologales, Fe, Esperanza y Caridad.

Encargóse la oración fúnebre al distinguido orador D. Juan Fúster: el tema no podía ser más adecuado á los tristísimos días, en que el implacable odio de los enemigos del Sr. Claret se esforzaba en borrar su memoria de la superficie de la tierra. *Non recedet memoria ejus, et nomen ejus requiretur a generatione in generationem*. Después de un brillante exordio, en que decía que las exequias de los santos exhalan el perfume de la vida, pasa á probar que en el Sr. Claret resplandecen el fervoroso celo del Apóstol, el heroísmo de la virtud del Confesor y el noble y generoso sacrificio del Mártir. Al explicar la glacial indiferencia con que fué recibida en España la noticia de su muerte, “el pueblo español,—dice,—en su buen sentido, comprendió que desde la tumba de este héroe no debían derramarse lágrimas para lavar las flaquezas del hombre, sino dirigirse oraciones para implorar la intercesión del san-

to. „ El discurso fué en todos conceptos elocuentísimo, y más que oración fúnebre, fué el panegírico de un santo, coronado con triple aureola; un himno espontáneo del corazón brotado al dulce recuerdo de aquel que tan heroicos ejemplos de virtud y santidad había dejado en la no menos heroica ciudad de Gerona. Fué, sin duda, extraña y maravillosa coincidencia en estos funerales el que el oficiante en todos los responsos que por el finado se cantaron, se olvidara decir el versículo *A porta inferi*, que tiene por respuesta: *Erue, Domine, animam ejus*. “De las puertas del infierno saca, Señor, el alma de tu Siervo.„

Muchas personas distinguidas han dicho que no han sabido rogar por el Sr. Claret; antes por el contrario, se encomendaban con gran eficacia á sus oraciones. De este número fué el Emmo. Cardenal Barilli, que había tratado mucho al virtuoso Arzobispo, por haber sido Nuncio Apostólico de Su Santidad en el tiempo en que el Sr. Claret vivía en Madrid.

Un testigo de mucha autoridad, el Rdo. D. Mariano Arenyas, ya difunto, párroco que fué de la Catedral de Vich, declaró en el Proceso informativo lo que sigue: “Sor Ramona Durán, Hija de la Caridad de San Vicente de Paúl, actualmente residente en Vera, provincia de Almería, en una carta que me escribe en 25 de Diciembre del año próximo pasado 1887, entre otras cosas me da las gracias por haberle remitido unas estampas y Vida del P. Claret, y me añade estas textuales palabras: “Yo en particular tengo mucha confianza en su „intercesión (se refiere al Siervo de Dios) y me encomiendo „algunas veces á él; y mucho más desde que me dijo una persona muy justa que rogando por su alma se le apareció y le „dijo: — Hija mía, no ruegues por mí, que nõ me hace falta, „pues estoy en el cielo; Dios te lo pague.„ Desde entonces me „encomiendo á él como á un santo siempre que deseo obtener „alguna gracia.„

“Sucedíome á mí mismo, — escribe el P. Claret en sus Memorias, — que en los primeros días después de su fallecimiento, celebrando la santa Misa, en el Memento de difuntos me ocurría la idea de rogar por él, y al quererlo hacer me sentía impedido por una fuerza irresistible.„ ¡ Tan persuadidos estaban los que le trataron de que había muerto un santo!



CAPÍTULO XVII

DE LAS GRACIAS ESPIRITUALES OBTENIDAS POR INTERCESIÓN DEL SIERVO DE DIOS

1. Claridad y tranquilidad de conciencia alcanzada por la Madre Delpuig. — Aparécese el Siervo de Dios á una Religiosa y le libra de una fuerte tentación. — 2. Favores espirituales que dispensó á varios de sus hijos Misioneros. — Recogimiento interior alcanzado por el P. José Serra. — Obtiene la misma gracia el P. Vallier, y grandes sentimientos de devoción sobre el sepulcro del Padre Claret. — 3. Gracias espirituales conseguidas por las Religiosas del Buen Pastor de Valparaíso, en Chile. — Toca el corazón de una de las Arrepentidas, que estaba á punto de perderse. — Salva á otra infeliz, que estaba á punto de volver á su mala vida anterior. — Trueca el corazón de dos jóvenes desesperadas, que querían entregarse á los vicios. — Consuela á un alma afligida. — Allana los obstáculos insuperables que se oponían á la vocación de una joven. — 4. Gracia de una breve enfermedad y santa muerte. — Alcanza la conformidad con la voluntad de Dios á una persona desesperada con las tribulaciones que padecía. — Consuela á una madre afligida. — 5. Convierte á una persona habituada al pecado. — Convierte á un moribundo impenitente.

1. El Señor ha querido, por su parte, manifestar la santidad de su Siervo concediendo por su intercesión muchas gracias, tanto espirituales como temporales, á las personas que lo han invocado, algunas de las cuales parecen ciertamente maravillosas, como podría inferirlo el curioso lector por la simple relación de los hechos. Como son tantas las gracias obtenidas, en este capítulo sólo trataré de las espirituales, que, si bien en la apariencia tienen menos de prodigiosas, son en realidad de mayor provecho y estima.

Con fecha 14 de Enero de 1871 la Madre Paula Delpuig, Superiora general de las Carmelitas Terciarias de la Caridad, daba cuenta á su director espiritual de una gracia especialísima alcanzada por intercesión del P. Claret, en estos términos: “Toda mi vida he padecido por no tener la debida libertad de espíritu para confesarme; casi siempre me quedaban dudas. Sabiendo el fallecimiento del Sr. Claret me encomendé